

¿EN QUÉ QUEDAMOS?: ¿IDENTIDADES SÍ O NO?

MANUEL CRUZ

De un tiempo a esta parte, una de las afirmaciones que más tengo la oportunidad de leer y escuchar en la pluma y los labios de independentistas es que lo que está pasando en Cataluña últimamente no tiene nada de identitario, que el *procés* hacia la plena soberanía del pueblo catalán ha conseguido reunir a gentes con los más variados sentimientos identitarios y que, incluso más allá (reforzando una argumentación muy cara a Carod Rovira), el nacionalismo en cuanto tal parece haberse convertido, en tanto que posición política, en crecientemente irrelevante, todavía demasiado cargada de adherencias emotivas y sentimientos nacionales, que finalmente se habría disuelto en un independentismo explícito y cargado de contenido netamente político.

Sin embargo, déjenme que les diga que a algunos tan rotundas afirmaciones nos desconciertan un poco. Muchas de las cosas que también leemos y escuchamos, a veces en las mismas plumas que rechazaban lo identitario, parecen en otros momentos persistir en lo que rechazan. Créanme que no es un ejemplo malintencionado, ni con retranca, ni con segundas intenciones, pero todavía el 5 de junio del presente año –esto es, cuando ya se había declarado independentista– en el diario *El*

Punt Avui Jordi Pujol escribía un artículo, titulado “Diners o identitat?” en el que, entre otras cosas, afirmaba:

“La base de la nostra nació és identitària. Són la llengua, la cultura, la nostra memòria històrica, el nostre relat. Que inclou la nostra vocació d’integració de la gent que viu a Catalunya. O sia que la llengua, la cultura i la capacitat d’integració –i per tant, també un bon funcionament de l’ascensor social– són elements bàsics i principals del nacionalisme català”.

Es posible que no esté acertando con el ejemplo, que alguno considerará un tanto impertinente, pero ya se sabe que los ejemplos son como los principios de Groucho Marx: si no les gustan unos, siempre hay otros de los que poder echar mano. Probablemente –no me cuesta imaginármelo– muchos independentistas actuales replicarían que el ex presidente pertenece a otra época política y que, por tanto, no representa la especificidad del *procés* actual (de hecho, no falta quien le está endosando sus irregularidades contables al sistema autonómico mismo, e incluso a la Transición, un puro enjuague de la casta, como es notorio).

¿Quién entonces podría considerarse representativo del mismo? Dudo que haya alguien que cumpla mejor dicha misión que Carme Forcadell, presidenta de la ANC. Pues bien, les remito a Vds. a la entrevista que le hizo Ariadna Oltra en el programa "CAT", de TV3 (y que se encuentra disponible en la página web de la televisión pública catalana), programa en el que tuve la oportunidad de participar. Tras las casi preceptivas declaraciones de no identitarismo, cuando la entrevistadora le pidió que le resumiera los motivos sustanciales del agravio catalán, las razones mayores que justificaban la deriva independentista, resultó que eran los ataques por parte de España a la lengua, la cultura, la identidad (*menyspreada* y *menys tinguda*, como también gusta de repetir Artur Mas, otro ilustre converso al independentismo) del pueblo catalán.

La lista de ejemplos podría ampliarse sin ninguna dificultad, pero no les voy a aburrir mucho con ellos. Solo añadiré uno: Javier Marías se preguntaba en *El País* recientemente por la razón por la que en este momento, con los niveles de autogobierno que tiene Cataluña, la situación incomparable de su lengua y su cultura respecto al pasado, su sistema de financiación que, por más que mejorable (no lo dudo), muchos independentistas lo consideraban magnífico en el pasado reciente (concretamente cuando formaban parte del gobierno que lo gestionó), etc., se había desencadenado la dinámica rupturista en la que ahora estamos inmersos. La respuesta que obtuvo por parte de un reputado analista político catalán fue para mí estupefaciente: falta de empatía.

Parece lógico, pues, que algunos andemos algo desconcertados al respecto de la presencia o no de elementos identitarios en el debate político actual. En todo caso, puestos a fijar

mi posición al respecto, diré que entiendo que es poco menos que inevitable que dichos elementos tengan presencia en el mencionado debate. La cuestión no es que existan o no (que no hay modo de evitar que existan, y tampoco sería deseable que así fuera) sino qué hacemos con ellos, qué tratamiento e importancia les concedemos.

Aunque quizá, llegados a estas alturas, muchos de Vds. estén echando a faltar que proporcione una definición, aunque sea muy provisional, de aquello de lo que estamos hablando, que no es otra cosa que la identidad colectiva. Vaya por delante que, a mi juicio, no existe tal tipo de identidad (una de cuyas variantes vendría a ser la identidad nacional) si por ella entendemos una identidad que tenga su propia realidad y existencia autónomas, distinta y al margen de la identidad personal de los individuos. La llamada identidad colectiva no es en el fondo otra cosa que una dimensión de la identidad individual, la que hace referencia al sentido de pertenencia a una comunidad que posee cada persona. Desde esta perspectiva, los rasgos de dicha identidad colectiva estarán directamente relacionados con los de la comunidad a la que pertenece.

En una sociedad abierta, plural, laica, heterogénea, diversa y mestiza resulta inconcebible pensar que los individuos se relacionen de una única manera —esto es, que puedan compartir una sola y misma identidad— con una realidad tan compleja¹. Mientras que, por el contrario, en una sociedad fuertemente empastada por una creencias religiosas compartidas por todos, o que ha hecho de la lengua su bandera emotiva unificadora, esto es, con un imaginario colectivo que no admite las diferencias, el vínculo identitario puede acabar resultando intensamente cohesionador. De ahí la necesidad que

todos los nacionalismos, desde siempre, han tenido de un poderoso enemigo exterior. Porque cuanto más exterior –esto es, cuanto menos tenga que ver con *los nuestros*– y más poderoso, más aboca a los individuos a relacionarse con su comunidad presuntamente en peligro de una sola y misma manera.

Pero si todo esto nos parece que está superado, que pertenece a un discurso que carece de sentido en las actuales circunstancias, lo que corresponde es actuar en consecuencia. Deberíamos recuperar la vieja definición según la cual “catalán es todo aquel que vive y trabaja en Cataluña”, añadiéndole, si Vds. quieren nuevas determinaciones, siempre que pertenezcan inequívocamente al ámbito material, como, por ejemplo: “...y está empadronado” o “...y tiene la tarjeta del Institut Català de la Salut”, o cualesquiera otra que pudiéramos consensuar. Pero lo que sin ningún género de duda debería ser eliminado es ese “...y quiere ser catalán”, de perfume inexcusablemente identitario, que le añadió Jordi Pujol. Porque ¿acaso hay una manera inequívoca de ser catalán de cuya adhesión dependa ser reconocido como tal? Si de verdad nos creemos lo de las identidades múltiples y variopintas, el requisito de “querer ser catalán” está por completo fuera de lugar.

Pero es que, además de esta complejidad digamos que sincrónica, no podemos olvidar el carácter diacrónico –procesual, en lo histórico y en lo biográfico– de las identidades. La gran María Mercè Marçal, en su célebre poema “Divisa” (incluido en su primer libro de poemas, *Cau de llunes*, 1976), escribió unos conocidos versos que, con el tiempo, acabaron transformándose en bandera del movimiento feminista de izquierdas y que no creo que precisen de traducción:

A l'atzar agraeixo tres dons: haver nascut dona, de classe baixa i nació oprimida.

Pensemos en las muchas mujeres que en su momento se reconocieron en estos versos. Si, andando el tiempo, ser mujer no significara la misma condición subalterna de antaño, si, merced al ascensor social (y al propio esfuerzo), muchas de ellas hubieran tenido la oportunidad de mejorar su posición social y si, por último, su comunidad de origen se hubiera liberado de la opresión que la atenazaba en otros tiempos y hubiera alcanzado, libertad mediante, importantes cotas de autogobierno ¿seguiría valiendo aquella definición? Solo para describir los orígenes, solo como huellas de memoria, pero no como una descripción de su identidad presente².

Si coincidimos en postular tanto el carácter complejo como el procesual de las identidades, probablemente el único rasgo que podamos acordar para definir las sea entonces el de caleidoscópicas. Así entendidas, las identidades no deberían ser de temer. ¿Cómo unas realidades definidas de tal forma podrían ser consideradas como normativas? Sin duda no lo son, pero los poderes se empeñan, una y otra vez, en que tengan efectos normativos (como ocurre en el eslogan del tricentenario “la historia ens convoca”). Pero en el fondo, al hacerlo, las violentan y deforman y, en la misma medida, violentan y retuercen los sentimientos de los individuos, esos sentimientos que, de puertas afuera, declaran respetar y exaltar tanto.

Que alguien pueda mantener un intenso vínculo emotivo con determinadas realidades de su entorno (con el paisaje, con la gente, con la lengua y la cultura, con el pasado común, con determinados símbolos, etc.) casi podríamos decir que es antropológicamente inevitable. Pero el trecho que separa eso del amor a la patria

y otros registros identitarios habituales en el discurso político es, con demasiada frecuencia, el territorio de la manipulación. Alguien me comentaba en cierta ocasión que un tanto por cierto enorme –por encima del ochenta– de keniatas ignoran que viven en Kenia, esto es, desconocen que viven dentro de un Estado que tiene ese nombre. Eso no quita para que probablemente

ese mismo tanto por ciento mantenga un fuerte vínculo sentimental con sus realidades más próximas. El ejemplo pretendía avalar una recomendación: recelemos de quienes, desde el poder, se empeñan en conducir nuestros sentimientos por los cauces político-administrativos que consideran convenientes, intentando convertir así nuestras emociones en preceptos.

NOTAS:

¹ Hasta el punto que Giacomo Marramao, adaptando para su propósito la expresión de Bataille, ha podido llegar a sostener que “la democracia es la comunidad de los que no tienen comunidad”.

² A este mismo respecto, tiene escrito Virginia Woolf: “Como mujer no tengo patria, como mujer no quiero patria, como mujer mi patria es el mundo entero”.